



ליל חנוכה שמח וטוב
ליל חנוכה שמח וטוב



En una casita de madera
adornada con ventanas nevadas,
vivía un niño llamado José con su
mamá, su papá y sus hermana
mayor.

El aire siempre olía a pan y
madera quemada, y las semanas
antes de la Navidad eran las más
lindas de todas.



Cerca de la cálida chimenea, la familia había armado un hermoso pesebre. Las figuras de madera de la Virgen María y San José ya esperaban la llegada del pequeño Niño Jesús. Pero mucho más lo esperaban en los corazones de esta hermosa familia.



Un día, mientras José miraba el pesebre con la seriedad de un niño de seis años, su hermana mayor, Clara, se acercó y le dijo en un susurro: - La Navidad no se trata solo de los regalos que recibes. Se trata del regalo que tú le das al Niño Jesús. -"¿Un regalo?" - dijo José- Pero ¿qué le puedo regalar yo?"

Puedes, -dijo Clara-, hacer "regalos invisibles": una buena obra cada día. Son regalos que alegran mucho al Niño Jesús.



Clara le explicó: "Es algo pequeño y cariñoso que haces por otra persona. Un secreto de tu corazón para Él.

Es el mejor regalo es el que sale del corazón: pequeños actos de bondad. Cada día, hasta Nochebuena, harás algo bueno por alguien: compartir tu galleta, ayudar a mamá sin que te lo pida, o no enojarte por un juguete. Y por cada buena obra, pondrás un pompón blanco en esta pequeña canastita. ¡Entonces ese día le dio todo su chocolate caliente a la abuela que venía de visita.
¡Ploff! el primer ponpón.



También ayudó a su mamá, con las cajas los platos que la abuela prestaba para usar en Navidad. José no perdía oportunidad para poner otro pompón



Día tras día, José se levantaba pensando: ¿Qué buena obra haré hoy por el Niño Jesús? La canastita se fue llenando lentamente, transformando el duro barro del pesebre en un tesoro blanco de ternura donde dormiría el Niño Jesús. Finalmente, llegó la tan esperada Nochebuena.



José corrió hacia la chimenea. ¡La canasta estaba llenísima! Los pompones se desbordaban un poquito, brillando como pequeñas perlas en la penumbra. Su corazón saltaba de alegría. La familia entera se arrodilló junta frente al pesebre para rezar. La mamá de José lo miró con los ojos llenos de amor. —José —le dijo en voz muy suave—, mira qué lleno está tu regalo. Has consolado mucho al Niño Jesús con todas tus obras buenas. Estoy muy orgullosa de ti, mi pequeño.



En ese instante de profunda ternura, el timbre de la puerta sonó con un tintineo alegre. Los cuatro se miraron, sorprendidos. ¿Quién vendría tan tarde? Rápidamente el papá abrió la puerta. El viento frío le sopló en la cara, pero no había nadie. En el felpudo nevado, apoyado justo en la entrada, había algo envuelto en papel brillante. ¿Qué tendría ese regalo?



Era un estandarte hecho con una tela simple, y grande. Los niños lo tomaron y lo extendieron con manos temblorosas. En él, escrito con una letra dulce y un poco temblorosa, decía:

🌟 JOSÉ, TE QUIERO MUCHO 🌟

Firmado: Jesús.

José sintió que el mismo calor de la chimenea le llenaba el alma. Su hermana y padres lo abrazaron fuerte. No era un juguete, ni un dulce, era el regalo más hermoso: la certeza de que el amor que había dado, había sido recibido.



Antes de ir a dormir, José colgó con cuidado su regalo en la ventana y agradeció a su hermana el gran consejo que le había dado: regalarle buenas obras a Jesús para Navidad.

¡Ellos nunca olvidaron esta Navidad!

